

# NO HAY NADA QUE NO PUEDA SER CAMBIADO. HACIA LA GLOBALIZACIÓN DE LA JUSTICIA (2010)

---

Esta reflexión se propone mostrar las dos causas principales de la situación caótica financiera mundial que, a su vez, ha resultado dramática para los desheredados de la tierra, que son los más golpeados y los que menos culpa tienen. También se propone demostrar que, aunque difícil, no hay nada que no pueda ser cambiado para hacer posible la globalización de la justicia y de la esperanza.

Una primera causa que me parece infame porque no proviene de hombres viciosos, ignorantes o delictivos, sino de académicos, de elegantes académicos con grado de doctores, es la actitud fundamentalista de los economistas que, aún ahora, después de los estragos que han causado las crisis, por la total libertad, mejor dicho, por el libertinaje del mercado y la mínima o nula intervención del Estado, aún ahora siguen defendiendo la soberanía y entera independencia del mercado.

Es irónico que ese Estado enemigo del mercado haya sido su tabla de salvación. Soy consciente, sin embargo, de que es prematuro hablar de salvación.

El gran pecado de esos teóricos de la economía es que, como todo fundamentalista, piensan que su “verdad” es la única verdad, la verdad incuestionable. Están aferrados a supuestos que ellos mismos han calificado de evidentes: “el hombre es egoísta por naturaleza, siempre busca su propio provecho. Así se produce la abundancia que la mano invisible (Adam Smith) reparte”.

En medio de la catástrofe financiera, Alan Greenspan se vio obligado a reconocer: “tuvieron que pasar veinte años para darme cuenta de que el hombre es menos egoísta de lo que yo pensaba. Pero esa gran equivocación ya había causado efectos mortales”.

Joseph Stiglitz, premio Nobel de Economía, afirma: “Parece ser (al menos en las situaciones experimentales) que los sujetos no son tan egoístas como los economistas han planteado, salvo en lo referente a un grupo: los propios economistas”.

El premio Nobel expresa lo importante que es estudiar a las personas como son, no como queremos que sean. “La liberación comercial no llegó acompañada del crecimiento prometido, sino de más miseria.”

Paul Krugman, también premio Nobel de Economía (2008), denuncia a Milton Friedman, un fundamentalista del monetarismo: “Se equivocó Friedman al pedir soluciones de libre mercado para problemas de educación, de salud pública, de tráfico ilegal de estupefacientes, que en opinión de la mayoría exigían una amplia intervención gubernamental”. Se aferraba a la idea: “Los mercados siempre funcionan y solo los mercados funcionan”.

240 Una prueba evidente de la conveniente intervención oportuna del Estado en la economía es el caso universalmente conocido de los Tigres Asiáticos.

Sin duda, la concepción de Keynes que, como se sabe, legitima la intervención del Estado para el logro del pleno empleo y de la justicia distributiva, es mucho más sensata y defendible; sin embargo, los grupos de poder, que son los principales beneficiados de la plena libertad de mercado, no le dieron oportunidad de demostrar sus bondades. Pronto llamaron a sus próceres, Margaret Thatcher y Ronald Reagan, para privilegiar los grandes capitales y capitalistas.

Es difícil eximir de su responsabilidad moral a estos defensores de los privilegiados y promotores de la plena libertad en una sociedad de tantas desigualdades, cuando la maestra más respetable y distinguida, la maestra historia, ha demostrado con infinitas evidencias que cuando existe libertad entre desiguales, los poderosos abusan de los débiles.

Insisto en que esta causa indudable de la crisis que tantos males está causando, sobre todo entre los más necesitados, es especialmente condenable porque proviene de los intelectuales, de los teóricos y académicos que no han tenido la necesaria humildad del científico que tiene como máxima certeza la falibilidad de la certeza (Karl Popper).

La otra causa también indiscutible de la crisis que aún afecta al mundo es el dominio del *Homo oeconomicus*. La cualidad distintiva de este hombre nefasto es la avaricia insaciable que el presidente Obama señaló como principal móvil que devoró los mercados.

La avaricia sin límites en el mercado sin límites llevó a los mercaderes, a las mercaderías sucias de créditos fraudulentos y procesos inmorales, de seguros inseguros y calificadores sin calificación a que vaciaran las arcas de todas las denominaciones. Esto es ya evidente en relación con la crisis que vivimos; el *Homo oeconomicus* es agente activo e infundible en la compra de petróleo con vidas humanas (Bush en Irak). Está presente en las empresas transnacionales que son los poderosos tentáculos del capitalismo salvaje que cometen toda clase de atropellos y hasta crímenes para aumentar sus caudales sin fondo.

También está presente en la guerra sangrienta del narcotráfico que mata con la droga y mata también para defender sus feudos y extender sus reinos.

Está especialmente presente en la explotación de los trabajadores esclavos de la necesidad, millones de dignísimas personas que trabajan jornadas de diez horas por menos de un dólar.

Ese hombre inhumano ha generado las infinitas diferencias de clases sociales: desde los 46 millones de muertos por hambre hasta los muy pocos que son dueños del mundo. ¡Los tres hombres más ricos del mundo poseen más que las cuarenta y ocho naciones más pobres!

Es la causa también de la producción (un trillón de dólares) y el tráfico de armas. Es causa del contrabando de órganos humanos, del blanqueo de dinero, del tráfico del material nuclear, del contrabando de migrantes ilegales, del tráfico de mujeres y de niños, del crimen organizado presente en todos los rincones de la tierra.

Sin embargo, como afirma Manuel Castells, experto en el estudio de estas mafias y organizaciones criminales, después de mostrar las

evidencias de la situación caótica y dramática que vive el mundo: *no hay nada que no pueda ser cambiado*.

Ciertamente es difícil, pero es posible obrar un cambio en la política: Cornelius Castoriadis afirma que todavía tiene sentido una revolución por la democracia. La democracia entendida como autogobierno, instituciones autónomas, un gobierno en el que el poder somos todos. Sin embargo, no puede haber democracia sin pasión por la libertad, por la justicia, por la igualdad, por la democracia. Pero el hombre contemporáneo está “centrado en el consumo y en el disfrute, apático ante los asuntos generales (*res publicae*), cínico en su relación con la política, lo más a menudo bestialmente aprobador y conformista”. El hombre democrático, el que tiene la pasión por la democracia, es el único que puede construir la auténtica democracia.

La educación del hombre humano, sin duda, es el mejor medio para generar la globalización de la justicia y de la esperanza; una educación que se concentre más que en aprender cosas, en propiciar el crecimiento de las personas; más que en el afán de producir operarios, en apostar con convicción por el desarrollo de las inmensas potencialidades de las personas: alimentar la inteligencia que es la lectora de la verdad, cultivar el pensamiento crítico, la imaginación, la creatividad, la responsabilidad social; fortalecer la voluntad que decide, ordena y ama; alimentar la sensibilidad estética para acrecentar el gozo de la belleza, de la bondad.

Solo hombres de gran calidad humana que hayan fortalecido con solidez sus dimensiones moral, estética, intelectual y espiritual serán capaces de construir un mundo mejor.

Ahora bien, en este ámbito donde radica la máxima esperanza es en el que se encuentra la mayor perversión. Me refiero a las escuelas y universidades que, en vez de aceptar el gran reto de impulsar la formación de esos grandes hombres, necesarios agentes del cambio social, no solo desperdician la riqueza humana que alojan en sus aulas, sino que los convierten en mercancías para sus ganancias económicas.

En la Unión Europea se ha realizado una reforma educativa de la educación superior. Me resulta indignante que Europa, de donde hemos

recibido las más brillantes aportaciones culturales y humanistas (Grecia, Roma, Alemania, Francia, España), haya cedido a las imposiciones del mercado y haya hecho una reforma de programas uniformes en todas sus universidades y, lo que es mucho peor, que los contenidos de las carreras y especialidades respondan en buena parte a las exigencias del mercado. El aspecto más humillante ante nuestro concepto de autonomía y dignidad universitarias es el hecho de que importantes gerentes de importantes empresas nacionales y transnacionales forman parte de los consejos de las universidades de las naciones que integran la Unión Europea.

Es lamentablemente significativo que esta reforma se inicie en Bolonia, donde hace 43 años se inició la rebelión estudiantil con el grito: “¡Estamos hartos de ser tratados como mercancías, exigimos ser tratados como personas!” Pero está claro: la educación del hombre humano, aunque difícil, sí es posible.

La brillante politóloga y filósofa Susan George afirma con energía y convicción: “El nuevo sujeto de la historia pide ser escuchado. Le urge que se entienda que *otro mundo es posible*”. George ha sido consultora de la FAO, UNESCO, UNICEF y últimamente está entre los dirigentes de un movimiento llamado “alterglobalización”, que aboga por la justicia global.

Este movimiento no solo repudia la explotación del trabajador, sino el concepto del mundo como mercancía. Ha hecho fracasar reuniones internacionales en pro de la globalización neoliberal. No se trata de un movimiento socialista ni antimercado. Mercado sí, dicen, pero que no tome todas las decisiones, porque puede ser terrible su voracidad.

Su arma preferida en la lucha es la protesta masiva, pero acompañada de muchas propuestas prácticas. Cuando un reportero del *Financial Times* preguntó a Susan George por qué había nacido el movimiento por la justicia global y por qué ahora, ella contestó espontáneamente: “Porque estos bastardos han ido demasiado lejos”. Por supuesto, se refería a los responsables de las políticas económicas y sociales que favorecen a unos cuantos y marginan y, a veces, matan a millones de desamparados. Una vez más: otro mundo es posible.

Otro gran ejemplo de que no hay nada que no pueda ser cambiado es el caso de Muhammad Yunus, economista y banquero nacido en Bangladesh. Es autor del Gran Sarker, una forma de organización social para las aldeas campesinas que el gobierno bengalí adoptó en 1980. Después de la gran hambruna que asoló a su nación, expresó que era necesario “salir de las leyes del mercado” para superar la pobreza. A pesar de la fuerte oposición de empresarios y banqueros, fundó el Grameen Bank (Banco de los Pobres). Este banco tiene como objetivo no solo prestar dinero, sino sacar de la pobreza a los seres humanos. “Me implicué en el problema de la pobreza no como político ni como investigador, sino como algo de lo que no podía apartar la vista sin más”, confiesa Yunus.

El banco se ha extendido a más de 50 países. Con los préstamos para vivienda se han construido más de 640 000 casas. El banco ha concedido préstamos por un importe acumulado de unos 6000 millones de dólares. *La tasa de reembolso es del 99%*. Se dan minipréstamos aun a los mendigos, con enorme éxito. Ya no acepta dinero de donaciones. El 58% de los beneficiados han superado el umbral de la pobreza. Concede el banco más de 30 000 becas al año. Se han creado innumerables empresas sociales con la misma finalidad y bajo la misma filosofía: “Los seres humanos son unas criaturas maravillosas en las que se encarnan cualidades y capacidades ilimitadas, nuestras construcciones teóricas deberían dar cabida al florecimiento de dichas cualidades y no asumir que no existen [...] La pobreza es una amenaza para la paz”.

Este gran hombre y su obra merecieron el premio Nobel de la Paz (2006). Se presentó a recibirlo con nueve elegidos representantes de los más de siete millones de prestatarias propietarias.

Hacia el final de su discurso, Yunus pronunció estas palabras: “Damas y caballeros, permítanme concluir expresando ni más hondo agradecimiento al Comité Noruego del Nobel por reconocer que las personas pobres —y en especial las mujeres pobres— tienen tanto el potencial como el derecho de vivir una vida digna y que los microcréditos ayudan a materializar ese potencial”.

¡Excelente ejemplo de que no hay nada que no pueda ser cambiado!

“¡Aquí lo más importante es la persona! El dinero es un instrumento a favor de las personas.” Este pensamiento de don José María Arizmen-

diarrieta, fundador de las empresas Mondragón, aparecía con grandes letras a la entrada de las distintas dependencias. Esta afirmación expresa la filosofía empresarial de esta gran experiencia que nació en un pequeño pueblo de las Vascongadas y se ha extendido casi por todo el mundo.

Primera gran lección: al poner como gran fin el bien de las personas se logra un extraordinario éxito económico, en contra de quienes piensan que la ética, la consideración en el trato de obreros y empleados son un obstáculo para la prosperidad financiera.

Otras grandes virtudes de esta extraordinaria empresa: los socios son los dueños. La máxima autoridad es la asamblea general, y cada socio, sin distinción de rango, tiene un voto. La diferencia retributiva era de uno a tres: el que más ganaba percibía como máximo tres veces lo que recibía el socio más reciente. El trabajo se escogía de acuerdo con los intereses y aptitudes de los trabajadores.

La educación, como proceso de desarrollo personal, ha sido un objetivo primario; de ahí la importancia de la propia universidad que, por otra parte, no se pensó como generadora de los funcionarios y especialistas que requería la institución.

¡Magnífica demostración de que sí es posible una empresa de personas y al servicio de las personas! Contrariamente a las estructuras del capitalismo salvaje, donde lo más importante es la ganancia producida por la explotación de las personas, porque lo principal es el dinero.

Aquí concuerda significativamente la frase (que pienso que es convicción) de don Lorenzo Servitje: “Se debe tratar a los trabajadores como personas, no como instrumentos de producción”.

Aunque mi intención era citar solo algunos casos de que “no hay nada que no pueda ser cambiado”, no resisto el deseo imperioso de referirme a un hombre extraordinariamente ejemplar. Me refiero a Mike Cooley, ingeniero en sistemas británico. Trabajó muchos años para la British Lucas Aerospace Corporation, una de las empresas más importantes de la industria aeroespacial productora de armas.

Un día decidió “convertir en arados las espadas” (expresión de él mismo), es decir, emplear su talento en la construcción de productos útiles para las personas. Desde 1970 fue un activo pionero del famoso

Lucas Workers' Corporate Plan, cuyos objetivos son evitar el desempleo y diseñar tecnologías alternativas. Este plan, diseñado también por los mismos trabajadores, propone 150 productos socialmente útiles como alternativa a la producción militar. Se convirtió en director de la división tecnológica del Greater London Enterprise Board, desde donde organizó la empresa London Technology Networks, que vincula comunidades y grupos, universidades y politécnicos para crear productos y sistemas ecológicos.

Fue premiado por la Right Livelihood Foundation en 1981 con el galardón que es considerado como el "Nobel de las Alternativas". Cooley también fue iniciador del concepto de sistemas centrados en el hombre, que equivale a la expresión "lo más importante es la persona".

Cito las últimas palabras de su discurso de agradecimiento por el premio concedido: "El futuro tiene todavía que ser construido [...] Puede llegar a ser un futuro en el que no estemos amenazados por las armas nucleares o azotados por el hambre. Puede ser realmente un mundo en el que llenemos de todos los tesoros a todos por igual y tengamos la tecnología y la ciencia para servir a la gente y no todo lo contrario. En una palabra, podríamos comenzar a realizar el milagro moderno, podríamos ayudar para que los ciegos vean, los cojos anden y para que los hambrientos tengan que comer".

En todos los campos de la actividad humana existen pruebas de que el mundo puede ser mejor y de que sí es posible la globalización de la justicia y de la bondad.

Ciertamente, como se ha mostrado, es necesario fortalecer al *Homo sapiens* que ha sido abofeteado por el *Homo oeconomicus*. Paso indispensable, necesario, es defender la dignidad de la persona y no aceptar nunca que sea sometida por la necesidad a las imposiciones imperialistas del mercado.

Es también esencial afirmar la convicción de que no hay nada que no pueda ser cambiado. Por eso, termino con una cita de Manuel Castells quien, como señalé arriba, después de analizar muchos y muy graves problemas del mundo actual escribió estas palabras:

No hay un mal eterno en la naturaleza humana. No hay nada que no pueda ser cambiado por la acción social consciente e intencionada, provista de



información y apoyada por la legitimidad [...] si la empresa asume su responsabilidad social, si los medios de comunicación se convierten en mensajeros, en lugar de ser el mensaje, si los actores políticos reaccionan contra el cinismo y restauran la fe en la democracia, si la humanidad siente la solidaridad de la especie en todo el planeta, si emprendemos la exploración de nuestro yo interior haciendo la paz con nosotros mismos. Si todo esto se hace posible [...] mientras aún hay tiempo quizás entonces por fin seamos capaces de vivir y dejar vivir, de amar y de ser amados.

©ITAM Derechos Reservados.

La reproducción total o parcial de este artículo se podrá hacer si el ITAM otorga la autorización previamente por escrito.